

pena. Un antiguo monarca de España decia, poco ántes de morir: lo que he conseguido con haber obtenido un trono es el remordimiento y el dolor. A un sábio, favorecido por la fortuna, le preguntaron algunos amigos: ¿qué puedes ya desear ahora? y contestó: no ser lo que soy. A otro le preguntaban los admiradores de su suerte: ¿A dónde vas á llegar en alas de la fortuna, que te es tan próspera? Al precipicio, les respondió.

No nos cansemos, pues, en ir tras peligrosas ilusiones. Las honras mundanas no se obtienen sino sufriendo, no se disfrutan sino sufriendo, no se pierden sino sufriendo. Y aún cuando no fuese así, no olvidemos, que todo lo habremos de dejar cuanto ántes. Al salir del mundo no nos llevaremos al tribunal de Dios las honras y felicidades mundanas, sino las buenas obras que háyamos practicado: *Opera illorum sequuntur illos*, dice S. Juan (ApoC. xiv, 13). En vez de suspirar por el honor, la estimacion y la gloria, procuremos practicar el bien, y amontonar tesoros para el otro mundo. Las buenas obras nos proporcionarán en la tierra la tranquilidad y paz de los justos, y nos asegurarán en el cielo la gloria eterna, que os deseo. Amen.

GLORIA HUMANA.

(SU FALSEDAD.)

II.

In hoc gloriatur, qui gloriatur, scire et nosce me, quia ego sum Dominus.

El que quiera gloriarse, gloriése en conocerme y saber que yo soy el Señor.

(JEREM. IX, 24.)

Si la gloria del mundo pudiera ser verdadera sin el temor de Dios, ningun hombre hubiera habido hasta ahora en la tierra, que pudiese gloriarse á sí mismo como Jesucristo, pues, además de la gloria de descender de una estirpe real, y de contar á un David y á Salomon

entre sus progenitores, ¿con qué resplandor no se manifestó él al mundo?

Registrad toda la carrera de su vida, y vereis, que toda la naturaleza le obedece: las aguas se consolidan para que camine sobre ellas; los muertos oyen su voz; los demonios, atemorizados con su poder, huyen de su presencia; los cielos se abren sobre su cabeza, y anuncian á los hombres su magnificencia y su gloria; el lodo, entre sus manos, dá vista á los ciegos; todos los lugares por donde pasa quedan señalados con sus prodigios; lee los secretos de los corazones; ve lo futuro del mismo modo que lo presente; se lleva tras sí las ciudades y los pueblos; en los tiempos anteriores nadie habia hablado como él; y admiradas las mujeres de Judá de su celestial elocuencia, llaman feliz á la Madre que le dió á luz.

¿Qué hombre se vió jamás en la tierra rodeado de tanta gloria? Y con todo eso, nos dice, que si se la atribuyera á sí mismo, y no fuera más que una gloria humana, nada seria su gloria: *Si ego glorifico me ipsum, gloria mea nihil est* (JOAN. VIII, 54). La probidad mundana, los grandes talentos, y las mayores felicidades nada son, si son puramente virtudes del hombre. ¿Cuál es, pues, la verdadera gloria? La que se funda en conocer y amar á Dios; pues, sin este conocimiento y amor, no hay ni puede haber gloria verdadera. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los hombres, siempre vanos, miran su gloria como su ídolo: los más de ellos la pierden, al mismo tiempo que la buscan; y luego que ven tributar á su vanidad las alabanzas, que solamente son debidas á la virtud, ya les parece que la han hallado. No hay grande, por más indignas y desarregladas que sean sus inclinaciones y costumbres, á quien la vana adulacion no prometa la gloria y la inmortalidad, y que no cuente con los votos de la posteridad, cuando, acaso, su nombre no llegará á ella, ó cuando solamente será conocido por sus vicios. El mismo mundo, que levanta estos ídolos de barro, los derriba al dia siguiente, y se venga á su gusto en las posteriores edades de la impericia de sus elogios con la abundancia de sus censuras. Y aún no suele esperar tanto tiempo: los públicos aplausos que se dan á la mayor parte de los grandes, miéntras viven, casi siempre se hallan desmentidos inmediatamente en las conversaciones privadas y juicios que de ellos se hacen.

Siendo, pues, cierto, que la gloria humana, casi siempre queda degradada, aún en el mismo tribunal del mundo, ¿qué puede tener que

sea real y verdadero en la presencia de Dios, á cuya vista solamente son grandes los que le temen? Reparad, oyentes, en que los hombres siempre han fundado su gloria en el honor y rectitud; en lo elevado y distinguido de los talentos; y, finalmente, en los sucesos famosos. Pero, sin el temor de Dios, toda la probidad humana, ó es falsa, ó, á lo ménos, no es segura: los mayores talentos son peligrosos ó para el que se gloria de ellos, ó para aquellos en quienes se emplean; y, finalmente, las más extraordinarias felicidades, ó nacen de la culpa, ó, en la realidad, no son más que delitos.

Dije, en primer lugar, que la probidad humana, sin el temor de Dios, casi siempre es falsa, ó que, á lo ménos, nunca es segura. Bien sé que el mundo se precia de una fantasma de honor y rectitud, independiente de la religion, y que está persuadido á que puede uno muy bien ser fiel á los hombres, sin serlo á Dios; estar adornado de todas las virtudes que pide la sociedad, sin tener las que manda el Evangelio; y, en una palabra, ser hombre honrado, sin ser buen cristiano. Pero ¿qué cosa tan fácil seria vengar el honor de Dios, contra el culto vano y presuntuoso que el mundo tributa á su ídolo? Un soplo bastaria para derribar aquel edificio de vanidad y soberbia, sin que apenas quedasen de él más que confusos vestigios.

Aquellos hombres virtuosos, de que tanto se precia el mundo, no tienen, en la realidad, á su favor, mas que el error público: quiero conceder, que sean amigos fieles, pero el vínculo que los une es el gusto, la vanidad ó el interés, y en sus amigos se aman á sí mismos: son buenos ciudadanos, pero la gloria y el honor que les resulta de servir á la pátria, son el único lazo y la única obligacion que los une á ella: son amantes de la verdad, pero no es la verdad lo que buscan, sino la estimacion y confianza que por su medio adquieren entre los hombres: son fieles en sus palabras, pero es porque miran como inconstancia y cobardía el faltar á ella, y, en la realidad, no es en ellos virtud el ser fieles en sus promesas: son protectores de los flacos, pero quieren tener panegiristas de su generosidad; y el motivo más poderoso que los obliga á aliviar la opresion y la miseria, son los elogios que les tributan los oprimidos. En una palabra, son llamados misericordiosos y tienen todas las virtudes para el público, pero, no siendo fieles á Dios, ninguna tienen para sí mismos.

Y aún cuando la probidad del mundo no fuera casi siempre falsa, á lo ménos, es preciso confesar, que nunca es segura: solamente la religion asegura la virtud, porque siempre son unos mismos los motivos que hallamos en ella: de suerte, que si ésta no mereciera delante de los hombres más que la vergüenza y el oprobio, no por eso de-

jaría de parecer más hermosa y apreciable en la estimacion del justo; aún cuando peligrara su vida por aspirar á ella, no pretenderia libertarla á costa de la virtud: aún cuando el vicio se presente al justo con los atractivos de la impunidad y del secreto, no por eso le parece más amable, porque no teme á otro testigo mas que al mismo Dios, y ningun castigo le detiene tanto como la reprehension de su conciencia, aún cuando la misma fama y las públicas aclamaciones le sollicitáran á seguirle. Ningun caso hace de los hombres, porque solo Dios, que es quien la está mirando, ha de ser su juez.

Mirad si podeis hallar la misma seguridad en las virtudes humanas: como las más veces tienen su origen en la vanidad y en la vanagloria, inmediatamente encuentran con su ocaso: como solamente se forman de la apariencia, se desvanecen luego, como aquellos fuegos fátuos de las exhalaciones, en la oscuridad y en las tinieblas; como solamente estriban en las circunstancias, en las ocasiones y en los juicios de los hombres, continuamente se están arruinando con estos débiles apoyos: siempre tienen bajo la inconstancia de su imperio los tristes frutos del amor propio: finalmente, como son obra flaca del hombre, no tienen más resistencia que él. Si á uno de estos virtuosos del siglo, se le presenta una ocasion segura de desacreditar á un enemigo, ó de perder á su competidor, con tal, que conserve la reputacion y la fama de la moderacion mundana, ningun caso haria de si tiene el mérito para ella: con tal, que su venganza no se oponga á su honor, no la juzgará indigna de su virtud: ponedle en unas circunstancias én que pueda conciliar su pasion con la estimacion pública, y no se detendrá en acomodarla á su conciencia: en una palabra, para él, es lo mismo ser tenido por justo, que serlo en la realidad. Y así, es inútil querer hallar la verdadera gloria en el honor y probidad mundana: el principio de la verdadera grandeza se halla en el corazon; y en el que está vacío de Dios, no se halla mas que las bajezas y miserias del hombre.

2. Acaso, dirá alguno, que las virtudes civiles, por sí solas, son demasiado oscuras, y que la distincion y superioridad de los grandes talentos nos dará más derecho á la fama. Pero, ¡oh Señor! ¿qué son los grandes talentos más que grandes vicios, si habiéndolos recibido de Dios, no los empleamos más que para nosotros mismos? Estos talentos, en nuestras manos, las más veces son instrumentos de las públicas desgracias, y siempre vienen á parar en ser la causa de nuestra perdicion y condenacion eterna. ¿Qué cosa es un hombre de gobierno, cuyos rayos resplandecen por todas partes, si no le guia y contiene el temor de Dios? Es un astro maléfico, que no anuncia más

que calamidades á la tierra: cuanto más crezca en esta funesta ciencia, más crecerán con él las miserias públicas: sus más temerarias empresas hallarán muy débil resistencia en el impetu de su carrera: todo lo que le parezca famoso, le parecerá también legítimo. Se hará célebre, haciendo á muchos infelices: ¡qué azote este para un pueblo! Examinad todos los grandes talentos que hacen ilustres á los hombres, y vereis, que cuando estos se han hallado en sujetos impíos, ha sido siempre para desgracia de una nación y de su siglo. No hay nación que no haya tenido lecciones y ejemplos domésticos de estas desgracias.

Y, finalmente, cuando no sean perjudiciales para su siglo, á lo ménos lo son para sí mismos: son semejantes á un navío sin timon, llevado con todo impetu de vientos favorables; cuanto más rápida es su carrera, más inevitable es el naufragio: no hay cosa más peligrosa para estos hombres que los grandes talentos, cuando su uso no es arreglado por la fé: las vanas alabanzas, que les granjean estas brillantes prendas, corrompen su corazón; y cuanto más extraordinarias son sus cualidades, más profunda é irremediable es su perversidad. Dios abandona al soberbio á sí mismo: estos hombres, tan famosos, muchas veces expian con la infamia de una caída pública la injusticia de los públicos aplausos. Los sucesos extraordinarios y las felicidades que á ellos se siguen, no merecen alabanza alguna en los enemigos de Dios, ni les dan más derecho á la verdadera fama que sus talentos. Bien sé, que el mundo suele aplaudir estos sucesos, y que en él, regularmente, no son las virtudes, sino las felicidades las que hacen los grandes hombres. No es mi intento persuadir á que se arruinen estas demostraciones del público agradecimiento: todo lo que es útil á los hombres, es digno, en algun modo, de que éstos lo agradezcan: la emulacion dá sujetos ilustres á las naciones, y así, es necesario que las recompensas exciten la emulacion, y que el mérito vea que siempre le sigue el premio. El gobierno político no se mete en sondear los corazones, y solamente examina los actos exteriores. Pero si le es lícito al mundo ensalzar la gloria de sus héroes, ¿por qué se le ha de prohibir á la verdad que hable en distinto estilo que el mundo? ¡Ah! el mundo apenas perdona á nadie: únicamente están libres de sus dardos aquellos, que viven lejos de él por razon de los tiempos ó de los lugares; los que están á su vista, no están libres de sus censuras: luego que los conoce, deja de admirarlos, sin que en esto le podamos acusar de malicia ó injusticia; y es preciso creerle, pues habla contra sí mismo.

Y á la verdad, examinad los motivos de las acciones más famosas

y de los más extraordinarios sucesos: en lo exterior todo admira, y no se vé más que el héroe: pero entrad más adentro, buscad al hombre, y vereis que, como dice el Sábio, no hallais más que lodo y ceniza: *Cinis est enim cor ejus, et terra supervacua spes illius*. La ambicion, la envidia, la temeridad, el acaso, y aún, muchas veces, el miedo y la desesperacion, han sido causa de los mayores espectáculos y de los más ruidosos sucesos de la tierra. Consultad á los que han tratado á aquellos hombres á quienes, en otro tiempo, hicieron famosos sus felices sucesos, y os dirán, que, muchas veces, no hallaban en ellos otra cosa grande más que el nombre: el hombre desacredita al héroe; su fama se avergonzaba de lo indigno de sus costumbres é inclinaciones: la familiaridad hacia traicion á la gloria de sus sucesos: era preciso acordarse de la época de sus grandes acciones, para persuadirse á que eran ellos los que las habian ejecutado; y así, las magnificas decoraciones que nos deslumbran y que sirven de tanto adorno á nuestras historias, ocultan, frecuentemente, los personajes más viles y despreciables. Amados oyentes, en los hombres no hay cosa alguna grande sino lo que proviene de Dios: la rectitud del corazón, la verdad, la inocencia, y la regla de las costumbres, y el imperio sobre las pasiones, son la verdadera grandeza, y la única y legítima gloria que nadie nos puede disputar: todo cuanto hay en los hombres, que proviene de ellos mismos, está manchado, por decirlo así, con el mismo barro de que están formados: solamente la sabiduría, dice Salomon, está en posesion de la verdadera gloria, pues la gloria del pecador no es más que oprobio é ignominia: *Gloriam sapientes possidebunt; stultorum exaltatio ignominia* (Prov. III, 55).

Si amamos, pues, la gloria, amados oyentes, busquemos la verdadera. El que desea la única y legítima gloria, que no se puede disputar, no cuida ni hace caso de la del mundo, que es falsa, mentirosa y breve, y que va siempre acompañada de tristeza, melancolía y desventura. Temamos á Dios, observemos sus preceptos, practiquemos las virtudes, y seremos grandes en su divina presencia: nuestra gloria será eterna.

Dios mio, no os pedimos, ni deseamos la gloria humana; lo que os pedimos, lo que deseamos es la gloria que dimana de vos. Haced que os temamos, que os amemos, que hagamos siempre vuestra voluntad santísima, pues, practicando lo que nos hace agradables á vuestra vista, alcanzaremos la verdadera y eterna gloria, que os deseo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GLORIA.—Los cristianos cifran su mayor gloria en las mayores humillaciones que sufren por Jesucristo.

Los hipócritas cifran su mayor gloria en las más grandes apariencias de la virtud.

Los libertinos cifran su mayor gloria en la reputacion de haber cometido los más atroces crímenes.

GLORIA.—La sabiduría del cristianismo consiste en huir de la gloria, mereciéndola.

La locura del mundo consiste en solicitar ó en procurar la gloria, sin merecerla.

GLORIA PELIGROSA.—El amor á la gloria conduce á los hombres á los mayores precipicios.

El amor á la gloria les derriba.

El amor á la gloria les impide levantarse.

GLORIA DELEZNABLE.—Los que la desean, manifiestan no conocerla.

Los que la gozan, deben hacérsola despreciar.

PASAJES Y FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA Y AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES, sobre la GLORIA HUMANA; véase: GRANDEZA HUMANA (SU VANIDAD).

GLORIA HUMANA; véase: HONOR y GRANDEZA VERDADERA. GLOTON; véase: GULA.

GRACIA.

I.

Respondit Jesus et dixit ei; Si scires donum Dei!

Jesus le respondió: ¡Si tú conocieras el don de Dios!

(JOANN. IV, 10.)

Segun todos los Santos Padres de la Iglesia y todos los intérpretes de la Sagrada Escritura, el don de Dios, que no conocia la Samaritana, y que le hizo conocer el Salvador de los hombres, es la gracia misma de Jesucristo. Esta gracia, sin la que no podemos nada, y con la cual lo podemos todo; esta gracia, por la que somos todo lo que somos, si somos algo delante de Dios; esta gracia, que nos ilumina, nos atrae, nos persuade, nos convierte, nos inclina al bien y nos aparta del pecado; esta gracia, que nos pone en estado de ganar el cielo; esta gracia, que obra en nosotros y con nosotros todo cuanto hacemos por Dios, y que en el orden de la salvacion nos da por su eficacia, no solamente el poder, sino el querer y el hacer; ese es, mis amados oyentes, el excelente don, que tanto nos importa á nosotros mismos conocer; don perfecto, que viene de arriba y descende del Padre de las luces; don superior á todos los dones de la naturaleza, y en comparacion del cual miraba san Pablo como barro todos los dones de la fortuna; don de los dones, que Jesucristo solo pudo merecernos, y que recibimos de la misericordia infinita de Dios.

Sin embargo, por una crasa ignorancia, no le conocemos, y por una ingratitud todavía más criminal, no cuidamos de conocerle: de donde proviene que tantas veces le recibimos en vano, y que, léjos de usarle para glorificar á Dios y santificarnos, abusamos de él, hasta el punto de pervertirnos y despreciar al Señor. Por eso nos dice Jesucristo, como á la Samaritana: *Si scires donum Dei!* ¡Si tú conocieras el don de Dios! Tratemos pues, cristianos, de formar una idea exacta de él: entremos en el tesoro inmenso de las divinas misericordias: midamos, si es posible, su altura y profundidad; y pues María recibió la pleni-